

Søren Kierkegaard: Sobre la exigencia ética radical en el amor al prójimo

Søren Kierkegaard: On the Radical Ethical Demand in Love of Neighbor

Jhoan Sebastian David Giraldo
Universidad de Antioquia, Colombia
jhoan.david@udea.edu.co
orcid.org/0000-0003-0404-5364

DOI:

doi.org/10.23924/oi.v15i34.610

Fecha de recepción: 11/01/2023 • Fecha de aceptación: 05/10/2023

Resumen

El amor cristiano es una exigencia que pretende la superación del egoísmo y el fomento del desarrollo positivo de las relaciones humanas al ayudar a los demás a ser independientes. No obstante, Søren Kierkegaard ha señalado en su obra que existen obstáculos mundanos y problemáticos que impiden que este tipo de amor se materialice efectivamente. Así pues, el objetivo de este texto es exponer el concepto de amor cristiano como exigencia ética radical y su capacidad como correctivo para las relaciones humanas problemáticas en la sociedad a partir de *Las obras del amor*. Para esto, en primer lugar, expongo la vida oculta del amor, seguido de la descripción del amor de predilección, que es la forma particularizada del amor. Finalmente,

Abstract

Christian love is a demand that seeks to overcome selfishness and promote the positive development of human relationships by assisting others in becoming independent. However, Søren Kierkegaard has pointed out in his work that there are worldly and problematic obstacles that hinder the effective materialization of this type of love. Thus, the purpose of this text is to expound upon the concept of Christian love as a radical ethical demand and its capacity as a corrective for problematic human relationships in society based on *Works of Love*. First, I present the hidden life of love, followed by a description of preferential love, which is the particularized form of love. Finally, I proceed to elucidate the radical demand of love, in order to uncover the essence

me dispondré a dilucidar la exigencia radical del amor, en virtud de hallar la esencia del amor y cómo podría ser un correctivo para la práctica en las relaciones interpersonales de la sociedad.

Palabras claves

Amor al prójimo, correctivo, cristianismo, exigencia ética, existencialismo.

of love and how it could serve as a corrective for the practice of interpersonal relationships in society.

Keywords

Christianity, corrective, love of neighbor, ethical demand, existentialism.

Introducción

De acuerdo con el pensador danés Søren Kierkegaard, en la práctica cristiana hay una forma ideal y radical de manifestación del amor que pretende introducir el verdadero cristianismo en la sociedad y corregir todo lo que hay de mundano en las relaciones interpersonales. Este ideal práctico para Kierkegaard parte de la justificación de que las relaciones establecidas en la época que se manifestaba ante sus ojos —y siguiendo al mismo Kierkegaard, también en la contemporaneidad— se basan sobre principios egoístas. Las relaciones se han fundado en la mera búsqueda del provecho propio, pues lo que no me conviene no es preciso realizarlo. Estas, entonces, se han instrumentalizado: veo al otro como un mero medio para mis fines. Esto ha llevado a una ética de predilección en lugar de un deber ético universal, en la que solo nos preocupamos por los cercanos (Ferreira, 1999).

Kierkegaard parte de la idea del amor de sí como un presupuesto antropológico, debido a que es una parte constitutiva de la condición humana. Esta idea es importante para cualquier consideración fundamental sobre el carácter humano y no puede ser simplemente suprimida o ignorada. De allí parte la comprensión y la posibilidad de éste como concepto fundante de las relaciones humanas, pues la comprensión del sí mismo es condición necesaria para una relación auténtica con el otro. Sin embargo, a lo largo del desarrollo social concreto, este amor de sí mismo se ha interpretado como egoísmo y una mera preocupación por uno mismo. Para remediar esta visión y establecer relaciones significativamente diferentes Kierkegaard sugiere que la propuesta ética del cristianismo es abrazar el amor de sí y extenderlo también hacia el prójimo y toda la humanidad, mediante una exigencia ética radical de amor. De esta manera, sería posible amar al prójimo como a sí mismo, tal como lo indican las Escrituras:

has de amar a tu prójimo como a ti mismo (Mateo 22, 39; OA: 35).¹ Esta expresión es rescatada por Kierkegaard en su libro *Las obras del amor*, publicado en 1847, la cual usa como tesis central del mandato cristiano. Bajo esta exigencia Kierkegaard pretende llevar al lector hasta el punto donde esta exigencia se muestre como fundamental en la existencia humana para el fomento de relaciones personales positivas. En el camino de la formación es el lector el que debe encontrar por sí mismo la forma de enfrentar el mundo en el que a veces está demasiado a gusto.

El amor al prójimo no es el que tradicionalmente se ha gestado de manera particularizada, como la pareja sentimental, familia o amigos, que se manifiestan de manera concreta a ciertos individuos y no a toda la humanidad como lo pretende el cristianismo. Pero, entonces, ¿qué es el amor auténtico al que alude el cristianismo? A partir de este cuestionamiento, se sostiene que el amor al prójimo es una exigencia ética radical, que sirve para remediar lo que hay de problemático en las relaciones interpersonales manifestadas en la sociedad. Por lo cual, en primer lugar, expongo la vida oculta del amor, seguido de la descripción del amor de predilección, que es la forma particularizada del amor. Finalmente, se muestra que Kierkegaard busca resaltar la importancia de amar al prójimo como una exigencia ética radical y una fuerza transformadora que puede cambiar la sociedad y nuestras interacciones con los demás.

La vida oculta del amor

Kierkegaard retoma la expresión de las Escrituras “del corazón brota la vida” (Proverbios 4, 23) para expresar precisamente el lugar de procedencia de la vida del amor. Así pues, el fundamento del amor está oculto, no es visible, porque parte desde la interioridad del individuo y es manifestado mediante la práctica. De ahí que una

¹ En este artículo, las referencias a *Las obras del amor* de Kierkegaard (2006) se indicarán con la abreviatura “OA”, seguida del número de página correspondiente (por ejemplo: OA: 35), para diferenciarlas de otras obras del mismo autor o de diferentes autores.

expresión como “cada árbol se conoce por su fruto propio” (Lucas 6, 44) tome significado para Kierkegaard, pues el amor no es posible conocerlo de manera directa, y menos mediante la palabra; el verdadero amor hacia los demás se demuestra a través de las acciones y comportamientos que tenemos hacia ellos. Bajo esta consideración es sobre la que se funda el verdadero amor cristiano que da lugar a su planteamiento ético.

Para dar desarrollo a este, Kierkegaard no se inmiscuye en una explicación mediante un entramado conceptual tradicional para definir qué es el amor. El amor no se puede conocer por un ejercicio de conceptualización, sino en la misma práctica del amor. De ahí que nuestro autor recurra a la exposición de las obras del amor, es decir, pretende mostrar la verdadera tarea del cristianismo, la del amor al prójimo. En nuestras relaciones sociales hay diversas formas de amor y ninguna de ellas está descartada dentro del entramado conceptual para Kierkegaard, sin embargo, el cristianismo conoce solo un tipo de amor. Este es el *amor espiritual*, el cual es la base sobre todo lo que se construye, siendo “tanto el construir como lo que se construye” (Hannay, 2008: 111) y está presente en cualquier otra expresión de amor.

En las relaciones interpersonales se desconoce la presencia del amor auténtico que une el mundo terrenal con la eternidad. Para Kierkegaard, lo que *es* tiene que ser creído y el amor no escapa de esta consideración. Este se encuentra oculto, o bien, como éste lo expresa: “la vida celada del amor se encuentra en lo más íntimo, inescrutable, y con ello también en una inescrutable coherencia con la totalidad de la existencia” (OA: 26). El amor no es pasajero, ya que se extiende a la totalidad de la existencia. Éste está presente en todos los aspectos de la vida humana y tiene un efecto transformador en ellos. Además, es una realidad que repercute en todas las relaciones interpersonales, las actividades cotidianas, la vida espiritual y la relación con Dios; por lo que va más allá de la mera emoción o sentimiento, pues es una fuerza que une la existencia humana con aquel poder que lo fundamenta.

El amor no es un saber que pueda ser aprehendido de manera suficiente como un concepto. Así que la vida del amor se encuentra velada, se encuentra en lo más íntimo del ser humano para acompañarlo en el camino de la vida.² Sin embargo, este no se halla en reposo; por el contrario, está manifestando constantemente sus consecuencias. Se conoce al amor solo por sus frutos —como ya se indicó—, es decir, por la forma en cómo se despliega en las relaciones, mas no por él mismo. El reconocimiento del amor por sus frutos parte de la creencia de que el amor se encuentra en todas partes, en todos los humanos, y de la posibilidad efectiva de su manifestación. Por este motivo, se debe creer en él y tiene que vivirse. Kierkegaard se refiere al amor análogamente a la idea de Dios:

Como Dios, que habita en una luz, de la que brota cada uno de los rayos que iluminan el mundo, mientras que nadie, siguiendo estas vías, es capaz de adentrarse y ver a Dios, pues estas vías de la luz se convierten en tinieblas cuando uno se vuelve hacia la luz: así también el amor habita en lo celado, o celado en lo más íntimo (OA: 25).

No todas las formas del amor están en constante acción, no obstante, solo el auténtico amor siempre es acción y no se queda en la contemplación de su objeto amado. Entonces, si bien la esencia del amor es invisible a los ojos, en el amor cristiano su constante accionar hace que sus manifestaciones siempre sean visibles (Huls, 2011a). Por lo cual, quedarse en la excesiva reflexión sobre lo que es el amor o a la autocontemplación, retrasaría la acción y la actividad decisiva del individuo ante cada situación. Como condición existencial fundamenta el actuar del ser humano, no de manera determinista con una lista de acciones por hacer, sino que orienta la acción mostrando cómo hacerlas (Krishek, 2009; Russell, 2015). Las obras

2 M. Strawser (2007) anota que el origen del amor en el pensamiento de Kierkegaard es misterioso, no se puede captar con la razón filosófica, debe ser creído. Para F. Torralba (2016), la génesis del amor en Kierkegaard es agustiniana, en tanto que “entiende a Dios como Aquel que es más íntimo a mí mismo que, desde el fondo de la conciencia, me llama, me convoca a salir de mí mismo para dar lo que soy a los demás” (424).

del amor pueden ser esencialmente infinitas, pues su emanación es esencialmente inagotable. Una obra no es amorosa por sí misma, por eso, de acuerdo con el contexto, una acción puede ser o no amorosa.

Para alcanzar cierto grado de comprensión del amor es necesario recurrir a sus obras mismas, como ya se ha mencionado, pues estas sí pueden ser constatadas en nuestra existencia. Kierkegaard refiere esta necesidad a una cita del Evangelio: “¡Hijos míos!, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Juan 3: 18; OA: 28). Esta cita es más que una mera invitación a obrar; el amor se ha de expresar como un mandato a la acción de la humanidad y no propone quedarse en las meras palabras. Pero conocer el amor no implica una búsqueda de este en los demás, juzgándolos, sino más bien de aprender a conocerlo por las obras.

Entonces, se conoce el amor no mediante la reflexión, incluso si esta reflexión se centra en la acción de amar. Tal como sugiere el título del libro *Las obras del amor*, el foco está en ir más allá de las palabras y se manifiesta en acciones concretas que se pueden llevar a cabo para cuidar, ayudar y apoyar a los demás. Es un llamado a que el amor no se quede solo en un estado interno, sino que se traduzca en comportamientos tangibles y positivos hacia los demás. En este se brindan ejemplos, solo orientadores, de obras de amor tales como dar la vida, recordar a los difuntos, realizar el elogio del amor, entre otras. Sin embargo, tampoco se trata de hacer una lista de obras que se puedan catalogar como amorosas, ya que lo que convierte a estas obras en amorosas es el modo de realización de ellas, por eso los ejemplos son más bien de carácter orientador y no de carácter definitorio.

P. Dip (2010) afirma que la imposibilidad de definir las obras de amor en sentido positivo depende evidentemente del contexto teórico en que se presenta el amor. Hay que creer en el amor, por una parte, en oposición a la racionalidad insolente que pretende negar la existencia del amor; por otra parte, en oposición a la estrechez de corazón, que con desconfianza quiere ver los frutos. El amor del que habla el cristianismo es el de la verdad de la eternidad, este amor es, por lo que no puede ser cantado ni descrito, debe ser vivido. El amor no puede ser *juzgado* por sus frutos, aun cuando no haya otra

forma de reconocer la existencia efectiva del amor. Quienes aman no actúan con la intención de ser reconocidos o ser jueces, sino para que el amor se manifieste a través de sus acciones, las cuales no deben permanecer nunca ocultas. Por lo tanto, la tarea es la de asegurarse de que el amor dé frutos y, de esta manera, pueda ser reconocido por todos. Se trata de aprender a conocer el amor las obras que pueden ser conocidas por aquellos que participan en el amor: “lo igual solo se conoce por lo igual; solamente el que permanece en el amor puede conocer el amor, además su amor puede ser conocido” (OA: 34).

Así pues, el amor, para Kierkegaard, es un supuesto antropológico, ya que al intentar manifestar que el amor está íntimamente en cada uno quiere decir que el amor ya está en cada uno. Si bien por los frutos se conoce la vida del amor, la manifestación a través de la acción no muestra el carácter del amor, sino del individuo que lleva a cabo el amor. Así que la manifestación o no del amor no es una cuestión de capacidad, sino de carácter de cada individuo. Entonces, el amor es un concepto existencial que debe ser vivido.

El amor auténtico cristiano se basa en una vida oculta que va más allá de lo superficial y se basa en principios más profundos. Sin embargo, al examinar las distintas formas de amor, podemos ver que aquellas que se fundan en la predilección y la temporalidad se oponen a esta perspectiva cristiana. Descubrimos cómo la temporalidad y las motivaciones egoístas pueden prevalecer en las relaciones humanas. En este contraste es donde encontramos la verdadera esencia de por qué el amor cristiano no puede encontrar su fundamento en aspectos temporales. Es imperativo examinar de cerca estas formas alternativas de amor si queremos comprender plenamente las relaciones con los demás.

Formas del amor de predilección

En el contexto del amor cristiano, se excluye radicalmente cualquier forma de predilección. El mandato cristiano no se limita a amar solo a un amante o un amigo, como sugieren los poetas, sino que se extiende al prójimo en un sentido más amplio. Por lo tanto, las formas

de amor íntimo, como el amor sexual, el amor familiar y el amor amistoso, las cuales Kierkegaard denomina amor de predilección, son consideradas insuficientes para el cristiano desde una perspectiva ética. Estas formas de amor se enfocan en personas específicas con las que se tiene una relación afectiva, pero no cumplen con el mandato ético de amar al prójimo en general. Quien ama en este sentido elige un único amado o un amigo de acuerdo con sus particularidades: bien sea cualidades físicas o de carácter, semejantes o de complementariedad.

Aunque en principio esta forma de amor de predilección se muestre en sentido estricto como no egoísta, debido a que se ama a alguien diferente a uno mismo, el egoísmo sigue presente en ella. Éste se manifiesta no solo en el amor propio, sino también en la amistad y el amor, así como en otras relaciones (Muñoz Fonnegra, 2005: 50). Bajo esta concepción tradicional del amor y la amistad suele implicar reclamación de méritos o reciprocidad, lo que refleja una extensión del amor propio hacia el otro, pues el amado se me presenta como otro yo y pocas veces podemos encontrar una entrega desinteresada hacia otros individuos. Además, la tarea del amor se restringe a un amado, haciendo invisible al resto de individuos con los que no se comparte algún tipo de afectividad: “ambos, el amor de sí y la predilección apasionada, no salen de un estrecho círculo” (Larrañeta, 1990: 206). Ante este tipo de predilección en el amor, Erich Fromm menciona lo siguiente: “si una persona ama sólo a otra y es indiferente al resto de sus semejantes, su amor no es amor, sino una relación simbiótica, o un egotismo ampliado” (1982: 52). Y agrega que se tiende a creer que el amor está determinado por el objeto y no por la facultad de amar, por eso se pone como prueba la intensidad del amor el que sea dirigido a un único ser humano.

Este amor de predilección, según Kierkegaard, es inseguro porque lleva consigo la posibilidad de cambio. En este se produce una constante angustia que se hace presente en forma de una exigencia de reciprocidad. Para que el amor siga existiendo, se espera que el otro reconozca y corresponda constantemente. Se depende de la existencia particular del objeto amado para cumplir con la tarea, pues como amor de predilección se fundamenta en los aspectos

particulares que posee el amado; en esta medida la relación amorosa también supone una admiración por el otro. Esta admiración puede ser tan fuerte que parece que el amor es ciego.

Además, la pasión amorosa es pasajera, es un instante de floración. El enamoramiento es algo inmediato, pues se siente la necesidad de manifestarlo rápidamente. Este amor está sujeto al cambio, por lo que los amantes “se juran, se prometen mutuamente fidelidad o amistad; y cuando hablamos solemnemente, no decimos de ambos que se aman, decimos que se prometen fidelidad o amistad” (OA: 49). Aunque se prometen amarse por siempre, el amor puede marchitarse y desvanecerse con el tiempo o en momentos de crisis. Esta aparente unión eterna se vuelve frágil y sujeta a la disolución; aunque se ame por toda una vida a un ser amado, con la terminación biológica de la vida del amado caduca el amor. Por lo tanto, el amor de predilección está fundamentado en una base inestable y temporal.

En el amor de predilección se suelen solicitar pruebas de su existencia y permanencia para la apariencia de constancia. Adicionalmente, este tipo de amor conserva la apariencia de eternidad por la energía, el coraje y la pasión con que es abrazado. No obstante, este acarrea consigo la posibilidad de transformarse en su opuesto, se puede manifestar bien sea en odio o en celos. Se espera que el amor recibido se corresponda proporcionalmente al que es dado, y este desequilibrio puede generar resentimiento o cambios en la relación con el tiempo. Incluso, un problema que enfrenta el amor de predilección es que, con el paso de los años, la pasión y la intensidad del amor pueden disminuir debido a la rutina y la costumbre.

Ahora bien, el amor de predilección no ha de ser abandonado, más bien hay que tener en cuenta que el amor del cristianismo es primario y el amor de predilección es una forma limitada a un único objeto para amar. Así pues, por lo visto, la esencia del amor auténtico cristiano no podría estar basada únicamente en lo terrenal o la predilección, ya que se pierde su carácter universal, el deber hacia el otro. Según Kierkegaard, la desesperación surge cuando alguien se relaciona apasionadamente con otro individuo en lugar de con lo eterno. Él cree que el amor verdadero implica una conexión que va más allá de los límites temporales y mundanos. El amor de

predilección tiene sus limitaciones y no puede ser comparado con el amor verdadero, que se basa en lo eterno y lo universal.

La exigencia radical del amor

A partir de la exposición anterior del amor en el sentido de la predilección, podemos decir que esta forma de amor no puede ser el amor auténtico del cristiano, ya que está mediada por alguna inclinación o sentimiento hacia un individuo particular. En esa medida, para Kierkegaard no puede ser la base del amor cristiano, ya que no puede ser practicado hacia toda la humanidad. Para Kierkegaard la única forma de superar el egoísmo es por medio de una exigencia ética radical y unilateral (Rodríguez, 2014). Así pues, Kierkegaard alude a la exigencia del amor cristiano de amar al prójimo, que en todas las relaciones es quien tiene la prioridad. *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*, dicen las Escrituras como mandato para la acción.

El acto de amar no depende de las acciones, actitudes o comportamientos de la otra persona; en cambio, es una elección y un compromiso que surge de uno mismo. En otras palabras, amar de manera unilateral significa amar sin esperar un trato igual o una respuesta inmediata de la persona a quien se dirige ese amor. Esta perspectiva destaca que el amor verdadero surge de la voluntad y la decisión de la persona que ama, no de factores externos. Es una expresión de afecto, cuidado y dedicación que se da libremente, sin esperar que la otra parte cumpla ciertos requisitos o responda de una manera específica.

El cristianismo presupone el amor de sí, pero la enunciación lleva a que este amor debe darse también al prójimo, en igual medida como a sí mismo. Este es el mandato divino que exige al ser humano a renunciar al egoísmo: “la tarea y la exigencia del amor consisten en negarse a sí mismo y renunciar a ese amor de sí” (OA: 24). Esta exigencia mediante el amor es radical para Kierkegaard. Se pretende erradicar lo que hay de egoísta en el ser humano. El prójimo es quien tiene la prioridad en la relación, pues así las relaciones no se basan en las características particulares como en la predilección, sino que se ama siempre a un prójimo. Si la prioridad recae sobre el amante, se

borra el otro y el ejercicio del amor solo se realiza como el trabajo mezquino que beneficia al primero difuminando así la relación que es la que debe prevalecer como vínculo amoroso.

Pero ¿quién es el prójimo? La pregunta en términos explicativos puede tener validez, pero para Kierkegaard en términos existenciales desvía el mandato a singulares. La respuesta es clara: cualquier humano que se presente, “escoger un amado, encontrar un amigo es sin duda un trabajo de nunca acabar, pero al prójimo se le conoce fácilmente, se le encuentra fácilmente, con tal de que uno mismo reconozca su deber” (OA: 41). La pregunta por el prójimo se contesta propiamente reconociendo el deber y no buscando a quién amar. El prójimo es aquel con el cual se asume un deber, el deber de amarlo (Evans, 2004; Aumann, 2013). Se ama a todos los seres humanos, por tanto, el deber está dirigido a todos, no a uno ni a otro en particular. La práctica del amor es la que pone de manifiesto al prójimo.

Para exponer lo anterior de mejor manera, hay que tener presente la famosa parábola del buen samaritano (Lucas 10, 29-37), la cual fue una respuesta que Cristo dio a un experto en la ley cuando este le preguntó por el prójimo. En resumen, Jesús contó una historia de un hombre herido por ladrones. Un sacerdote y un levita pasaron sin ayudar, pero un samaritano, sin dudar, mostró se compasión: cuidó al herido, lo llevó a una posada y se aseguró de su bienestar. Jesús destacó la compasión del samaritano como un ejemplo a seguir, enfatizando que debemos tratar a los demás con bondad y preocuparnos por su bienestar. En esta parábola podemos apreciar, en primer lugar, que la cuestión no es estar en constante búsqueda del prójimo, pues puede ser cualquiera que entre en interacción conmigo. En segundo lugar, también vemos que se trata de que uno mismo sea el prójimo, lo cual se refleja desde el actuar hacia el otro. El samaritano demostró ser el prójimo del hombre herido al actuar con una de las tantas formas de las obras del amor, al actuar misericordiosamente y ayudarlo. Encontró allí el cumplimiento de la ley donde el sacerdote y el levita no lo hicieron.

No se trata de poner rostro al prójimo, sino de amarlo como uno se ama a sí mismo, lo que no implica dejar de amarse a uno mismo, sino tomar este amor como punto de referencia para el amor hacia

el otro. No es un amor egoísta, sino un amor que busca equilibrio y justicia en nuestras relaciones con los demás. Se trata de reconocer la igualdad en el valor de todas las personas y tratar a los demás con el mismo respeto y cuidado que nos damos a nosotros mismos. Dice Kierkegaard:

[...] cuando el “como a ti mismo” de la ley te haya arrancado el amor de sí, que el cristianismo, cosa bien triste, tiene que suponer que se da en todo ser humano, entonces cabalmente habrás aprendido a amarte a ti mismo. Por eso, la ley es esta: “Te amarás a ti mismo de la misma manera que amas al prójimo, cuando lo amas como a ti mismo” (OA: 42).

El mandamiento cristiano es universal, ya que va dirigido sin algún tipo de inclinación natural hacia algún humano determinado. El amor y la fe no producen sectas ni diferencias externas (Lutero, 1974: 133). Kierkegaard define al prójimo en términos de multiplicidad, es decir, en relación con todo el género humano, pues todos somos prójimos. Se acude a la significación misma de la palabra que proviene del latín *proximum*, es decir, el más cercano. El prójimo es aquel que nos es cercano, que nos es allegado, pero no en el sentido de la predilección, sino en la medida en que entramos en interacción con él.

Por otra parte, el énfasis del cristianismo está en la práctica y no en la contemplación del mundo. Cuando Pablo de Tarso define al amor como la plenitud de la ley, dice Kierkegaard, lo hace cerrando la discusión e incitando directamente al mandato mismo, a obrar con amor. Al igual que la pregunta por el prójimo, preguntar por *qué es el amor* retrasa la acción, pues la distrae e intenta particularizar y llevar por otros cauces la tarea del amor. Además, “en sentido estricto no puede ser contestada, ya que para el cristiano es objeto de revelación divina y no de conocimiento positivo” (Dip, 2010: 15). El amor ya está dado en la interioridad de cada ser humano y la tarea es darlo a conocer, manifestarlo a través de las obras (Rotenstreich, 1983; Ferreira, 1997). El amor cristiano, entendido como exigencia, lo que

busca es superar el egoísmo, por eso Kierkegaard insiste frecuentemente en el imperativo *debes amar*:

El amor cristiano es el que descubre y conoce la existencia del prójimo, y, lo que es lo mismo, que cada uno es. Si amar no fuera deber, tampoco existiría el concepto de prójimo; solamente cuando se ama al prójimo, solamente entonces queda erradicado lo egoísta de la predilección y preservada la equidad de lo eterno (OA: 67).

Quizás es extraño que uno deba estar obligado a amar y pareciera que la sensación del amor perdiera todo lo que es con el mandato, pero en realidad lo gana todo. El que ama cristianamente gana la protección contra la desesperación y el cambio, gana la eternidad e independencia en la relación, según Kierkegaard. Quien ama cristianamente se eleva sobre las determinaciones particulares del otro a la hora de cumplir la exigencia ética.

De igual forma, en el deber se otorga al amor constancia en la acción, es decir, para ser verdadero cristiano no es suficiente una acción para cumplir con la ley regia; esta requiere más que un número determinado de acciones. El amor es constante en el tiempo, sin estar dependiente a determinaciones temporales; no cae en orgullosa autosatisfacción, está en constante búsqueda de a quien amar, a un prójimo. Por eso el amor es un deber, pues ha conseguido el cambio de lo eterno. Dice Kierkegaard: “por tanto, solamente cuando el amor sea un deber, solamente entonces estará el amor eternamente asegurado” (OA: 53). La eternidad es lo supremo, y lo eterno puede ser y permanecer, no perece ni está sujeto al cambio.

Además, si el amor al prójimo es un deber, entonces la cuestión no es estar en constante búsqueda del prójimo, más bien, se trata de encontrar amable al objeto de amor y permanecer amándolo (OA: 197). El cristianismo no borra las diversidades de los objetos amados, más bien enseña que el individuo se ha de elevar sobre la diferencia temporal. Además, el amor no se pone a prueba, con el mandato ya se ha ganado la constancia; no tiene nada que probar. Poner a prueba al amor pone de manifiesto que no es consistente, sino

que trae consigo la posibilidad del cambio, como el amor inmediato que una y otra vez se pone a prueba.

El mandato del amor al prójimo se establece como prioridad en la relación. Antes que cualquier determinación, el otro es un prójimo. Esto repercute en las relaciones íntimas. Para mí, el amigo y la pareja no pierden este estatus, sin embargo, siempre son primero prójimo antes que cualquier cosa. De esta forma, si el amor al prójimo adquiere prioridad, el amor íntimo ya no se basa las características particulares del amado, la reciprocidad, etc. En últimas, la determinación del amor auténtico no es en quien recae la actividad del amor. Esto no quiere decir que el objeto es indiferente para el amoroso, sino que sus particularidades como individuo no son lo más importante en la relación. Estas particularidades siempre están presentes en la relación, no dejan de existir, pues en una relación hay gustos e intereses, pero la relación del cristiano con el prójimo no puede depender de estos.

Existencialmente Kierkegaard habla de que el amor auténtico es ciego, pero no de la misma forma que el amor de predilección: “al prójimo solo se lo ve con los ojos cerrados o pasando por alto las diversidades” (OA: 95). El ojo sensible ve las diversidades, el ojo cerrado no; aunque están ahí y son perceptiblemente identificables, porque el amoroso es ciego ante ellas para llevar a cabo su tarea. “El amor enceguece”, afirma Kierkegaard (2000: 81), precisamente porque la visión del mundo no depende de lo que se ve, sino que lo que uno ve depende de cómo se vea. El amor nos vuelve ciegos, de suerte que se ama ciegamente a todo ser humano. No se alude a la facilidad del amor, sino que el énfasis está en la facilidad de reconocer el objeto de la exigencia, del reconocimiento del prójimo.³ El prójimo es una determinación puramente espiritual.

3 E. Torres Garza (2014) sugiere que Kierkegaard hace comparecer todas las diferencias: hombres y mujeres, encumbrados y miserables, aristócratas corruptos, eruditos, esas clases que hoy llamaríamos intelectuales, la burguesía, las clases trabajadoras; para mostrarnos que la diferencia es lo corrosivo de la temporalidad, lo que marca a cada individuo como diferente, pero lo de prójimo es una marca de la eternidad en cada ser humano.

A modo de crítica, Th. W. Adorno afirma que “la doctrina kierkegaardiana del prójimo supone desde el principio que el individuo toma al prójimo, por así decir, tal como lo encuentra, como algo dado acerca de lo cual no hay nada más que saber, y ante cuyo ser así no es lícita ninguna cuestión” (2006: 201). Este autor agrega que Kierkegaard reconoce abiertamente el carácter abstracto del prójimo, e incluso lo glorifica como expresión de la igualdad de los hombres ante Dios. Sin embargo, Kierkegaard describe la necesidad de amar a los que vemos, por lo que Adorno confunde abstracción con universalidad. El prójimo adquiere carácter contingente y concreto cuando el prójimo es el primer ser humano con el que me atraviese. No se puede perder de vista que para Kierkegaard se trata de hallar amable el objeto dado, lo que pone de manifiesto que no es un humano que se *elige*, sino el primero que *aparece*. El amor al prójimo no carece de objeto para amar, como parece sugerir Adorno.

Si se ha de amar sin determinaciones particulares, entonces se debe amar también al enemigo, porque esta clasificación se pierde cuando nos damos cuenta de que él es igualmente un prójimo. No se pide que se ame al enemigo del mismo modo que amamos íntimamente. Si fuese así, el mandamiento no solo “sería una orden imposible de cumplir, sino además absurda, ya que nadie puede obligarnos a sentir afecto” (Álvarez Valdés, 2008: 228). El mandato de amar no impone sentir aprecio o estima por quien ofende, lo que hace es pedir tener la capacidad de ayudar y servir, incluso al que nos ha ofendido si algún día lo requiere.

Esto último da cuenta de la independencia que cobra el amor del objeto amado. En el mandamiento el amor termina siendo determinado por el amor mismo: “solamente cuando amar sea un deber, solamente entonces estará el amor eternamente liberado en bienaventurada independencia” (OA: 59). Pero ¿de qué nos libera el deber? El deber libera al ser humano de la dependencia del objeto amado, libera al individuo de la predilección. La dependencia del amado es la forma de expresión del amor mismo, perderlo es perder todo. “El deber hace a un ser humano dependiente y en el mismo instante, eternamente independiente” (OA: 60). Solamente la ley puede dar la libertad. Por esto, Kierkegaard expone la necesidad del

amor al prójimo como un mandato. El deber libera al amor, está en conformidad con la ley de la eternidad. No cae en la eventualidad, no depende de esto o aquello.

No obstante, el amor cristiano vislumbra la diversidad e invita a amar a la esposa y al amigo, sin que la predilección sea lo determinante. Se amplía el espectro más allá de quienes estimamos a toda la humanidad. Amar pasional o amistosamente no significa dejar de amar al prójimo, sino que antes de que el otro sea esposo o amigo, es prójimo. Evidentemente para Kierkegaard no hay prohibición, si esta existiese, se dejaría de lado el amor pasional y la amistad; su pretensión es que estos no constituyan el amor supremo, pues se debe apuntar a un amor más elevado y constante. El amor cristiano está cabalmente en cada manifestación, por ello no se puede considerar como inactividad. Así pues, no poner la respuesta sobre la pregunta del amor en clave de ley abre la posibilidad a la ociosidad y al egoísmo, a la contemplación del amor y por ello no remite a la acción.

Ahora bien, para Kierkegaard no se puede pensar el amor sin Dios de por medio (Huls, 2011b). Solo el amor hacia Dios está por encima del amor al prójimo y a uno mismo. Por lo que el mandamiento del amor cristiano exige amar a Dios sobre todas las cosas, y esto conlleva a amar al prójimo, pues de Él brota el amor. Así pues, amar al prójimo implica en primera instancia a Dios como la determinación intermedia. Lo que nos hace prójimos a todos los seres humanos no es una relación de igualdad por la cultura o la condición social de la persona, sino que el ser humano tiene relación de igualdad con otros ante Dios. La relación con Dios es lo que tienen todos los seres humanos en común y, por ende, es el amor a Dios lo que hace a todos los seres humanos prójimos. La única manera en la que el hombre puede asemejarse a Dios es a través del amor, y “solo amando a Dios sobre todas las cosas puede amarse en el otro ser humano al prójimo” (OA: 62).

Igualmente, no se es cristiano solo por haber recibido el bautismo. Es en la práctica donde se sabe quién es el verdadero cristiano. El verdadero valor de la ley regia se juzga el modo en cómo se

realizan las obras⁴ (Guerrero Martínez, 2014). Pero el motivo para amar al otro es el otro mismo, sin la espera de reciprocidad, es el deber mismo el que ha de impulsar a actuar. No se actúa cristianamente en la medida en que se es benevolente con el otro, sino que se es por el otro mismo. Dice Kierkegaard: “¿Es misericordia que quien pudiéndolo hacer todo, lo haga todo por el miserable? No. ¿Es misericordia que quien puede hacer tanto como nada, haga esta nada por el miserable? No. La misericordia es *el cómo* se hacen este todo y esta nada” (OA: 393). ¿Qué distingue ambas maneras de actuación? Es su *cómo*, la manera en la cual está presente el sentimiento de eternidad en ellas. Por lo tanto, una única actitud de sacrificio y benevolencia hacia el otro no es vista desde el cristianismo como algo con mérito. Quien sólo vivió para obedecer el propio yo, tendrá que cargar con la responsabilidad de no haber amado al prójimo.

Adicionalmente, el amor cristiano es la auténtica moralidad, pues exige que se ponga en práctica la ley; hace que sea un amor seguro y que no se tenga angustia ante el cambio. El amor cristiano nunca se tornará en odio porque nunca se odia al amado. Además, “desconoce los celos; este amor no ama meramente en la medida en que es amado, sino que ama” (OA: 56); no busca como tal la reciprocidad. El amor cristiano se salva por medio del deber ante la costumbre, mediante el *has de amar* y una buena disposición del ser humano para escuchar y acudir a dicho mandato.

Sin embargo, aun con todo lo expuesto anteriormente, la tarea del amor cristiano es extraña en la sociedad. Dado que se trata del amor más perfecto, el amor al prójimo es el más difícil de ejercer: “observa, el amor es una cualidad de lo subjetivo, y, a pesar de ello, los amantes son una cosa rara” (Kierkegaard, 2009a: 132). Y al ser cristiano se elige “aceptar el mandato divino de amar al prójimo y los deberes que impone, a pesar de la aparente locura de la realización de las obras de amor que se concretan” (Quinn, 1997: 636). El

4 Para ejemplificar que no hay una lista establecida de acciones ya consideradas de antemano como amorosas, M. J. Ferreira menciona que “dos personas pueden usar la misma palabra o participar en el mismo comportamiento, pero en una persona hay amor y en la otra no lo hay” (2001: 22). De hecho, dos personas pueden hacer obras que parecen contrariarse y, sin embargo, ambos pueden ser amorosos.

mensaje de Cristo fue para todos los individuos, pero “del hecho de que ser cristiano sea accesible para todos, posible para todos, no se sigue que sea algo fácil y que haya muchos cristianos” (Kierkegaard, 2012a: 77). Por eso llevar a la práctica el amor cristiano es peligroso y quizá no conveniente mundanamente. Esta práctica del amor va en contravía de la sociedad misma. El amor se manifiesta como lo más despreciado en la sociedad. Por las características del amor social, se manifiesta ante la sociedad como un escándalo que alguien pueda amar cristianamente (Kierkegaard, 2008; 2012b).

Dada la amplia exposición que Kierkegaard hace sobre el amor, podemos encontrar en la obra de nuestro autor que se establece una serie de críticas a diferentes órdenes sociales, tanto a la sociedad moderna en general como al cristianismo histórico (David Giraldo, 2021; Sánchez Marín, 2023). Por ejemplo, hay una crítica al cristianismo que se gestó hasta su época —la cual hoy podríamos decir que sigue vigente—, especialmente por la flexibilización del mandato en virtud de conseguir adeptos (Kierkegaard, 2009b). Asimismo, hay una crítica a la mundanidad, que busca mantener las diferencias y la diversidad, en contraposición al mandato de amar que promueve la identidad común entre los seres humanos.⁵ Bajo la tendencia objetiva y científica de la época, desprestigia la cultura que se enfoca en la búsqueda de la erudición y el conocimiento en detrimento del amor al prójimo. La cultura moderna ha reforzado la preocupación por establecer distinciones entre los cultos y los no cultos, lo que ha llevado al descuido de las relaciones interpersonales y al fomento de una posición egoísta del yo. Éstos son los que se han engañado a sí mismos, quienes se han preocupado por cultivar sobre diversas cuestiones terrenales, excepto por la ley regia.

La crítica de Kierkegaard a la cultura moderna se centra en su incapacidad para enseñar el verdadero amor cristiano, el cual contrasta con la doctrina de la igualdad que se promueve en la sociedad

5 Si bien hay un desarrollo de esta idea en *Las obras del amor*, en *La época presente*, Kierkegaard (2012b) critica la sociedad de su tiempo y la cultura moderna en general. En este texto, Kierkegaard expresa su preocupación por el modo en que la sociedad moderna se ha secularizado cada vez más, centrándose en la ciencia, la objetividad, la racionalidad y el progreso material, pero a expensas de la vida espiritual.

como una forma de mantener la desigualdad real intocable. Adorno (2006: 209) reconoce la relevancia de la crítica de Kierkegaard, pues expone las tendencias destructivas de la sociedad de su época y la naturaleza ideológica de la igualdad aparente que se promueve en la cultura. Aun con todo, “el cristianismo deja que subsistan todas las diversidades de la vida terrena, pero precisamente en el mandamiento del amor, en el hecho de amar al prójimo, está contenida esa equidad de elevarse por encima de las diferencias terrenas” (OA: 100).

Sin embargo, cabe mencionar que igualmente la crítica a la sociedad por parte de Kierkegaard tiene limitaciones que diferentes autores han identificado.⁶ Adorno, por ejemplo, afirma que la crítica de Kierkegaard hacia la modernidad, si bien es interesante con detalles a destacar, lo convierte en un pensador conservador. Según este autor, Kierkegaard se concentra tanto en el individuo como en la búsqueda de lo eterno, mientras que ignora la realidad tangible y no promueve una transformación significativa del mundo material (Adorno, 2006: 203). Agrega que Kierkegaard se opone principalmente a todo lo que está fuera del ámbito individual, lo que lo lleva a estar en contra de la realidad y lo conduce a un estado de aislamiento subjetivo en el que se desconoce nuestro entorno, cayendo en una “subjetividad aislada, cercada por la oscura alteridad” (Adorno, 2006: 40). Kierkegaard siempre se retira hacia su interioridad, tratando de calmar el mundo exterior evitando la historia, incluso considerándolo “un mero «estímulo» para la interioridad subjetiva” (Adorno, 2006: 197). Esta interioridad trata de evitar la influencia de este mundo, provocando una cierta desconexión con la realidad sociohistórica. Adicionalmente, Kierkegaard rechaza la idea de que la existencia auténtica se encuentra dentro de un grupo o colectivo, lo cual lleva a Adorno a acusar a Kierkegaard de apartar al individuo de los mismos componentes que deberían formar su identidad. Adorno interpreta a Kierkegaard en esta línea de pensamiento como un defensor implícito de la dominación capitalista, un pensador

6 Para una mayor ampliación de esta idea sobre la crítica de Kierkegaard a los diferentes órdenes sociales, además de la discusión sobre la posibilidad de considerar a este autor como un pensador social fundamental, véase David Giraldo (2021).

indiferente o incluso un conservador religioso evasivo con cuestiones económica y de justicia social (Adorno, 2006: 205).

Por su parte, Dip (2010) critica a Adorno en su expectativa de una teoría del amor que busque ser realista y no pueda prescindir de una visión social, señalando que pasa por alto que la teoría del amor de Kierkegaard es *espiritualista* en lugar de realista. Sin embargo, si hay una limitación teórica que reduce la relevancia del pensamiento de Kierkegaard en el ámbito político y social, a pesar de algunas consideraciones indirectas y restringidas. Aunque esta aparente falta de reconocimiento podría atribuirse a una dificultad teórica para comprender su importancia, de la cual Kierkegaard no es necesariamente responsable, considero que la situación es más bien la siguiente: la obra de Kierkegaard puede tener implicaciones políticas y sociales de manera indirecta y limitada. Esto ocurre específicamente cuando su enfoque resalta aspectos *sociales*, pero lo hace únicamente al explorar y presentar la importancia de la conciencia de lo *individual* para el cristianismo. Además, la categoría de lo *social* solo aparece brevemente como un área específica de manifestación interior.

En una línea argumentativa similar a la de Adorno, G. Lukács (1968) establece una conexión entre cómo Kierkegaard separa lo ético subjetivo de los eventos históricos y mundiales. Según Lukács, su filosofía elimina la historia y la sociedad, permitiendo que la existencia del individuo artificialmente aislado tenga un papel importante. Lukács, además, afirma que Kierkegaard sostiene que la subjetividad es el factor determinante y que no acepta la posibilidad de que la realidad objetiva, independiente de nuestra conciencia, tenga un impacto efectivo en nuestra evolución social: “lo único que importa es saber si esta subjetividad es auténtica o falsa, pasionalmente interesada, íntimamente fundida con la existencia del ser pensante, o superficialmente desinteresada” (Lukács, 1968: 220). Según Lukács, Kierkegaard se convirtió gradualmente en un apologista de la decadencia burguesa, a pesar de su falta de aportes a la teoría o práctica del cambio social positivo.

Es claro que Kierkegaard no aborda directamente cuestiones políticas y sociales de manera explícita. No obstante, más allá de las críticas en relación con su crítica social, a través de su enfoque en

la importancia de la experiencia individual y la conciencia personal en el contexto del cristianismo, Kierkegaard proporciona una perspectiva que podría tener implicaciones en dichas esferas. Su enfoque en lo individual y lo espiritual podría influir de manera indirecta en la forma en que las personas interactúan con la sociedad y conciben su papel en ella. Sin embargo, esta influencia sería limitada y estaría más relacionada con las implicaciones de su filosofía en la esfera personal y religiosa que en la esfera política y social en sí misma, como se mencionó previamente.

Ahora bien, en la sociedad moderna se generan ilusiones que nos mantienen atados. Estas ilusiones se basan en meras inclinaciones y no hay razones genuinas para establecer relaciones auténticas entre seres humanos. El cristianismo busca establecer relaciones basadas en el otro por sí mismo, sin estar determinado por la utilidad o el placer, o por la exterioridad. Esto no significa que no haya inclinaciones, deseo o utilidad en las relaciones con los demás, sino que estas no deben tener prioridad sobre el otro por sí mismo.

Según Kierkegaard, el amor es un correctivo porque permite al individuo tener una relación positiva con los demás, aunque exige sacrificio y renuncia a la recompensa y al reconocimiento por las acciones realizadas (Adorno, 2006; Ferreira, 2001). A pesar de ello, esta forma de amar está mal vista en la sociedad, y los cristianos deben estar preparados para ser perseguidos y despreciados por su amor. El verdadero amor implica la renuncia al egoísmo y a las motivaciones egoístas, y esto no es algo que la sociedad moderna promueva o valore mucho. Por el contrario, la sociedad moderna tiende a enfatizar la importancia del éxito, el poder y la realización personal, lo que puede conducir a un alejamiento de los valores cristianos (Kierkegaard, 2012b).

Ferreira (2001) argumenta que Kierkegaard retoma la idea del correctivo de la perspectiva de Martín Lutero (1974) sobre cómo la ley divina debe corregir situaciones problemáticas en las relaciones humanas. Según Lutero, la ley del cristianismo es diferente de la ley de la autoridad secular. Si todos fueran verdaderos cristianos, entonces no habría necesidad de imponer orden en la sociedad a través de la autoridad secular. Sin embargo, en la sociedad actual, las

tendencias mundanas han llevado a una flexibilización de lo que significa ser cristiano. Kierkegaard se oponía a las formas aceptadas de cristianismo que, más que seguir las exigencias religiosas, pretendían mundanizar la existencia. El mandato cristiano es independiente de las formas mundanas que impiden que las personas se amen unas a otras, incluso en situaciones sociales difíciles.

La manifestación histórica del cristianismo ha estado marcada por la cristiandad, que ha distorsionado y desvirtuado el verdadero mandato cristiano (Kierkegaard, 2000; 2009b). Para Kierkegaard, es necesario introducir el auténtico cristianismo dentro del cristianismo, fomentando las relaciones positivas dentro de uno mismo y con los demás a través del amor auténtico. Este amor genuino es capaz de corregir la tergiversación que ha causado el mandato cristiano. Guerrero Martínez afirma que “no se requiere simplemente de una mejoría en la forma de vida, sino de un cambio real, de un salto *cualitativo*” (2014: 64). Y agrega que sólo así el individuo puede reconocer su debilidad, su situación como pecador, y la necesidad del auxilio divino y de la gracia.

Kierkegaard pone de manifiesto una exigencia ética radical en virtud de sacudir las conciencias cómodas y tergiversadas del uso tradicional del amor y enderezar las nociones de éste. El objetivo de Kierkegaard exige la reestructuración de la conciencia del lector y, así, también de su obrar. Los individuos necesitan ser despertados y puestos en posición de ser desafiados directamente por la idea de un amor cristiano que obra por el prójimo, pues Kierkegaard en “todos sus escritos intenta provocar o facilitar un cambio práctico en la forma de vida del lector” (Ferreira, 2001: 15).

Conclusión

La exigencia ética es un tema central en la obra de Kierkegaard, presente de una u otra forma en todos sus escritos. Según Kierkegaard, el cristianismo es el que pone el peso de esta exigencia sobre el individuo singular, pues su discurso se refiere a él y solamente a él. La exigencia ética identifica al individuo como un sí mismo existente, al

cual se le exige alcanzar este yo y superar el egoísmo que lleva consigo mediante el estar ahí desinteresadamente para los demás. Esta exigencia se encuentra con más detalle en el libro *Las obras del amor*. En este podemos encontrar una exposición amplia sobre el amor cristiano, el cual es una forma distinta de concebir el amor, que, sin embargo, no excluye las otras formas de amar. El tema central es precisamente el amor y las diversas formas que puede tomar, sin que ello signifique la descripción completa y definitiva de estas formas, ni la totalidad de las formas en las que el amor se pueda manifestar.

Amar al prójimo es renunciar al egoísmo. Para Kierkegaard es necesario la corrección de esta situación e introducir nuevamente el cristianismo: “la cristiandad ha abolido el cristianismo sin siquiera darse cuenta; la consecuencia es, si ha de hacerse algo, que se debe intentar nuevamente introducir el cristianismo en la cristiandad” (2009b: 60). Esto se ha pretendido mediante un contenido normativo radical que fomenta una relación positiva consigo mismo y con los demás.

El amor al prójimo no es el que tradicionalmente se ha gestado de manera particularizada. Ciertamente a lo largo de la obra de Kierkegaard no se puede dar una definición absoluta de lo que es el amor. La tarea del libro es una exposición de características y obras mediante las cuales se da contenido al amor. Al finalizar el libro quedamos ante un auténtico tratado del amor y de sus obras. Bien lo menciona el mismo autor en el “Prólogo” de *Las obras del amor*: “son meditaciones cristianas, por lo tanto, no tratan acerca del amor sino de las obras del amor” (OA: 17). Como el amor es esencialmente inagotable, por tanto, es esencialmente indescriptible. La finalidad del *has de amar a tu prójimo como a ti mismo* es la erradicación del egoísmo en las relaciones interpersonales. Esto, porque no siempre se actúa teniendo en cuenta el bienestar del otro, sino que en gran medida prima el provecho propio.

Para finalizar, cabe destacar que incluso el mismo Kierkegaard se ha llegado a definir a sí mismo como el *espía del cristianismo*: “yo soy como un espía al servicio de un poder más alto” (Kierkegaard, 1972: 106). Esto es porque ha sentido que tiene la misión de presentar el verdadero cristianismo en un mundo, que, si bien se hace llamar

cristiano, no lo ha sido. Este se nos presenta igualmente como una exigencia radical, de acuerdo con Kierkegaard, que fomenta positivamente el desarrollo de las relaciones entre los seres humanos. Así pues, es necesario que el amor se interiorice y se manifieste, a través de la acción, toda una vida. El propósito central de *Las obras del amor* es impactar al lector y motivarlo a responder a una llamada a la transformación de su vida. Su objetivo es agitar la conciencia del lector y redirigir las ideas sobre el amor en la sociedad, lo que a su vez tendría un efecto positivo en las relaciones sociales en general.

■ Referencias

- Adorno, Th. W. (2006). *Kierkegaard: construcción de lo estético. Obra completa 2*. Madrid: Akal.
- Álvarez Valdés, A. (2008). *Investigaciones Bíblicas*. Medellín: Ciudad Don Bosco.
- Aumann, A. (2013). Self-Love and Neighbor-Love in Kierkegaard's Ethics. *Kierkegaard Studies Yearbook*, n. 1: 197-216. <https://doi.org/10.1515/kier.2013.2013.1.197>.
- David Giraldo, J. S. (2021). Modernidad, pensamiento y crítica social en Kierkegaard. *Disputatio. Philosophical Research Bulletin*, 10(19): 111-139. <https://doi.org/10.5281/zenodo.7097634>.
- Dip, P. C. (2010). *Teoría y praxis en Las obras del amor: un recorrido por la erótica kierkegardiana*. Buenos Aires: Editorial Gorla.
- Evans, C. S. (2004). *Kierkegaard's Ethic of Love: Divine Commands and Moral Obligations*. Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/0199272174.01.0001>.
- Ferreira, M. J. (1997). Faith and the Kierkegaardian Leap. A. Hannay and G. D. Marino (eds.), *The Cambridge Companion to Kierkegaard*. Cambridge: Cambridge University Press: 207-234. <https://doi.org/10.1017/CCOL0521471516.009>.
- (1999). Other-Worldliness in Kierkegaard's *Works of Love*. *Philosophical Investigations*, 22(1): 65-79. <https://doi.org/10.1111/1467-9205.00084>.
- (2001). *Love's Grateful Striving: A Commentary on Kierkegaard's Works of Love*. Oxford: Oxford University Press.
- Fromm, E. (1982). *El arte de amar: una investigación sobre la naturaleza del amor*. Barcelona / Buenos Aires: Paidós.

- Guerrero Martínez, L. (2014). Fe, esperanza y caridad: La vida cristiana en Søren Kierkegaard. *Open Insight*, 5(7): 61-76.
- Hannay, A. (2008). Kierkegaard on Natural and Commanded Love. E. F. Mooney (ed.), *Ethics, Love, and Faith in Kierkegaard: Philosophical Engagements*. Bloomington: Indiana University Press: 111-120.
- Huls, J. (2011a). The Hidden Life of Love: The Function of the Bible in Kierkegaard's "Works of love". *HTS Teologiese Studies / Theological Studies*, 67(3): 1-10. <https://dx.doi.org/10.4102/hts.v67i3.1116>
- (2011b). Love Founded in God: The Fruits of Love in Kierkegaard's "Works of love". *HTS Teologiese Studies / Theological Studies*, 67(3): 1-10. <https://dx.doi.org/10.4102/hts.v67i3.1117>.
- Kierkegaard, S. (1972). *Mi punto de vista*. Buenos Aires: Aguilar.
- (2000). *Discursos edificantes / Tres discursos para ocasiones supuestas*. Madrid: Trotta.
- (2006). *Las obras del amor: meditaciones cristianas en forma de discursos*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- (2008). *La enfermedad mortal*. Madrid: Trotta.
- (2009a). *Postscriptum no científico y definitivo a Migajas filosóficas*. México: Universidad Iberoamericana.
- (2009b). *Ejercitación del cristianismo*. Madrid: Trotta.
- (2012a). *El instante*. Madrid: Trotta.
- (2012b). *La época presente*. Madrid: Trotta.
- Krishek, S. (2009). *Kierkegaard on Faith and Love*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Larrañeta, R. (1990). *La interioridad apasionada. Verdad y amor en Søren Kierkegaard*. Salamanca: Editorial San Esteban.
- Lukács, G. (1968). *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*. Barcelona: Grijalbo.
- Lutero, M. (1974). La autoridad secular. *Obras de Martin Lutero*. Buenos Aires: Editorial Paidós: 125-164.
- Muñoz Fonnegra, S. (2005). La exigencia ética. Sobre la doctrina del amor de Kierkegaard. *Estudios de Filosofía*, (32): 41-59.
- Quinn, P. (1997). Kierkegaard's Christian Ethics. A. Hannay and G. Marino (eds.), *The Cambridge Companion to Kierkegaard*. Cambridge: Cambridge University Press: 349-375.
- Rodríguez, P. U. (2014). "Mirar" y "ser mirado" en la doctrina del amor de Kierkegaard: una lectura de *Las obras del amor* desde el concepto de reconocimiento. *Cuadernos de Filosofía*, (62): 5-19. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/CdF/article/view/3008/2644>.

- Rotenstreich, N. (1983). Love and Leap. Nietzsche's and Kierkegaard's Approaches to Philosophy. *Kant-Studien*, 74(4). <https://doi.org/10.1515/kant.1983.74.4.437>.
- Russell, H. (2015). The Passion of Faith and the *Work of Love*: Barrett, Augustine, and Kierkegaard. *Toronto Journal of Theology*, 31(1): 66-74. <https://doi.org/10.3138/tjt.3102>.
- Sánchez Marín, L. (2023). Nuestra época presente. Apuntes sobre Søren Kierkegaard y la sociedad capitalista. C. Garzón-Rodríguez (ed.), *Cartografías del pensamiento filosófico*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia: 137-147.
- Strawser, M. (2007). The Ethics of Love in Spinoza and Kierkegaard and the Teleological Suspension of the Theological. *Philosophy Today*, 51(4): 438-446.
- Torralba, F. (2016). La esencia del amor en Kierkegaard. Interpretación de *Las obras del amor* (1847). *Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica*, 72(271): 411-429. <https://doi.org/10.14422/pen.v72.i271.y2016.010>.
- Torres Garza, E. (2014). El amor del individuo singular. C. E. Dobre, L. Valadez, R. García Pavón y L. Guerrero Martínez (eds.), *El individuo frente a sí mismo: El pensamiento de Søren Kierkegaard*. México: Rosa Ma. Porrúa Ediciones: 449-454.